

Indice

Las Excelencias de los Hebreos

Capítulo. I	Las Excelencias de los Hebreos Primera Excelencia Pueblo escogido de D-os.....	17
Capítulo. II	Las Excelencias de los Hebreos Segunda Excelencia Pueblo Único.....	47
Capítulo. III	Las Excelencias de los Hebreos Tercera Excelencia Separados de todas las Naciones	65
Capítulo. IV	Las Excelencias de los Hebreos Cuarta Excelencia Tres propiedades naturales suyas	87
Capítulo. V	Las Excelencias de los Hebreos Quinta Excelencia La circucisión.....	137
Capítulo. VI	Las Excelencia de los Hebreos Secta Excelencia El Shabat.....	157
Capítulo. VII	Las Excelencias de los Hebreos Séptima Excelencia Ley Divina	189

Primera clasificación de los preceptos

Primera clase Divinidad.....	233
Segunda clase Santuario y Sacerdocio	249
Tercera clase Pureza e Impureza	269
Cuarta clase Sobre las comidas	274
Quinta clase Mujeres y matrimonio	280
Sexta clase Fiestas y Pascuas.....	294
Septima clase Piedad y limosna.....	311
Octava clase Justicia y Gobierno	328
Novena clase El Derecho Civil.....	357
Décima clase Derecho Criminal.....	367

Capítulo. IIX	Las Excelencias de los Hebreos Octava Excelencia La Profecía.....	407
Capítulo. IX	Las Excelencias de los Hebreos Novena Excelencia Tierra Santa.....	427
Capítulo. X	Las Excelencias de los Hebreos Decima Excelencia Testigos de la Unidad Divina	445

Calumnia de los Hebreos

Capítulo. I	Primera Calumnia de los Hebreos Falsas Adoraciones	465
Capítulo. II	Las calumnias de los Hebreos Segunda calumnia Mal Olor.....	467
Capítulo III	Las calumnias de los Hebreos Tercera Calumnia Cola y Sangre	475
Capítulo. IV	Las calumnias de los Hebreos Cuarta Calumnia Orar tres veces al día Contra las demás Naciones	481
Capítulo V	Las calumnias de los Hebreos Quinta Calumnia Persuadir a las personas al Hebraísmo.....	493
Capítulo. VI	Las calumnias de los Hebreos Sexta Calumnia Infieles a los Príncipes.....	505
Capítulo VII	Las calumnias de los Hebreos Séptima Calumnia Impios y crueles	519
Capítulo. VIII	Las calumnias de los Hebreos Octava Calumnia Corruptores de Libros Sagrados	537
Capítulo IX	Las calumnias de los Hebreos Novena Calumnia Dicipadores de Imágenes y Sacrilegos	549
Capítulo X	Las calumnias de los Hebreos Décima Calumnia Matar niños para valerse de su sangre en sus ritos.....	561

PREFACIO

Es realmente un motivo de alegría y genuina satisfacción poder editar esta obra, que tras casi 350 años de silencio vuelve a convertirse en un fantástico testimonio contra las calumnias perversas y malintencionadas que bajo el manto de una supuesta devoción religiosa, o incluso humanista, encubría lo que en realidad era una persecución baja y cobarde contra un pueblo sereno y profundamente ligado a su D-os, que le aportó a la humanidad no sólo los diez mandamientos, sino toda la estructura ético-moral que regiría la conducta de los hombres en todas las civilizaciones.

Quizás la envidia actuó como detonante en distintas épocas y en otras una ignorante piedad religiosa, pero indiscutiblemente desde aquellas primeras épocas de persecución y hasta la actualidad, la crueldad y la falta de sentimientos y de los más básicos valores humanos fueron su común denominador.

Personajes que utilizaban su posición social de liderazgo tanto político como religioso, manejaban una retórica demagógica dirigida a manipular las voluntades del populacho, siempre dispuesto a saciar su sed de protagonismo y reconocimiento. Y así se convertían en verdugos crueles y sanguinarios de gente inocente y honesta.

Toda esta realidad, que muchos consideran parte de la leyenda popular queda rotunda y claramente retratada en los manifiestos y eruditos argumentos que surgen de la pluma de este Rabino portugués, que con su exquisita y amplia educación, tanto secular como religiosa logró hacer en forma magistral.

Pero Rabí Isaac Cardoso reúne no sólo las virtudes de la honestidad, la moderación y la dignidad sino que constituye, como dijimos, un testimonio único pues nos relata de primera mano, la suya propia, los avatares y vicisitudes que sufriera su pueblo, la nación hebrea durante esa época tan difícil y amarga en que se atormentó no sólo el cuerpo sino también el alma del pueblo de Israel. Allí se hizo evidente, en palabras del autor que *“de no ser por el Señor, que los ampara con mano fuerte y que dice por medio de su Profeta **No temas que contigo estoy Yo**, ya los hubiesen aniquilado totalmente y su nombre hubiesen extinguido de la memoria de los hombres*. En otras palabras, la existencia del pueblo hebreo es clara y absoluta evidencia de la intervención divina en la historia del mundo en general y de Israel en particular.

Don Isaac Cardoso, plenamente identificado con su fe y su pueblo no dudó

en abandonar una posición socialmente encumbrada y económicamente cómoda como médico jefe de la ciudad de Madrid, donde las personalidades más relevantes requerían de sus servicios, para escapar de España dejando atrás al Fernando para convertirse en Isaac y abrazar su fe públicamente con orgullo y pasión.

Al editarse la obra le fue presentada una copia a Rabí Samuel Abohab, la gran autoridad rabínica sefardita de aquella época, quien quedó gratamente impresionado y felicitó al autor por la claridad y la belleza de sus conceptos. Pero no sólo alcanzó reconocimiento en el seno de su pueblo, sino también entre los nobles hombres de letras, imparciales y decentes contemporáneos suyos que supieron ver en Las Excelencias de los Hebreos un claro, honesto y erudito testimonio de una realidad histórica innegable.

Por eso hoy, tras un esfuerzo prolongado de más de un año de trabajo de investigación y consulta, durante el cual se adaptó del castellano antiguo, sumamente difícil de entender, al español que hoy conocemos toda esta obra, e incluso se reedita esa primera producción cuyos caracteres impresos por los primeros prototipos de la imprenta eran prácticamente ilegibles, es un honor y un placer poder ponerla nuevamente al alcance del público hispanoparlante, por su importancia tanto para el pueblo hebreo como para la humanidad toda. Consideramos que su lectura es prácticamente una obligación moral, pues conocer nuestra historia a través de los alegatos de este erudito y preclaro rabino nos permitirá imbuirnos de esa confianza absoluta en Dios y en Su intervención en los designios humanos que constituyó siempre la destacada actitud intelectual y moral de nuestro pueblo. Pero también servirá para que se identifiquen las atrocidades cometidas en el pasado y no se repitan nunca más.

Quiero aprovechar esta oportunidad para agradecer a aquellos que colaboraron en distintas formas para que esta obra vea luz. En principio a mi hija Yael Fadda de Juejati que revisó con especial esfuerzo y entrega todos los escritos que se hallaban en proceso. Por otro lado, el incentivo no sólo económico sino también anímico que en forma realmente desinteresada me hicieran mis amigos Sr. León Halak y Sr. Duby Suttón, siempre dispuestos a colaborar en obras de bien en pro del pueblo de Israel.

Con la bendición de la Torá,

Rabino Isaac Fadda

Las
EXCELENCIAS
DE LOS HEBREOS.

Por el Doctor
YSHAC CARDOSO.



Impresso en AMSTERDAM en casa de
DAVID DE CASTRO TARTAS.
El Año de 1679.

Capítulo. I

LAS EXCELENCIAS DE LOS HEBREOS PRIMERA EXCELENCIA



PUEBLO ESCOGIDO DE D-OS

Y a ti te tomó el Señor para convertirte en el pueblo de Su heredad, pues pueblo santo eres tú para el Señor, tu D-os (Deuteronomio 7)

Es la primera excelencia de los hebreos ser el pueblo escogido por D-os entre todas las naciones, destinado a Su servicio y cantar Sus divinas alabanzas, y así lo dice por medio de Su profeta: ***Esta gente que Creé para Mi, Mi alabanza cantará*** (Isaías 43). Creó D-os a Adam y de Adam creó a Hava, dotándolos con todos los dones de la naturaleza, con gracia, suma hermosura y sapiencia, formados por la Mano Sagrada para dar origen al linaje humano, sello y distinción de todo lo creado. Los colocó en el paraíso terrenal, glorioso Jardín del mundo, para que lo cultiven y guarden, no permitiendo el ocio en aquel estado dichoso. Le encomendó sólo un precepto, no comer del árbol prohibido del conocimiento del bien y del mal, para que reconociesen el dominio de su Creador. Y la mujer se dejó engañar por la serpiente y el hombre por la mujer, perdieron la gracia divina y con ella el paraíso, quedaron sujetos a la muerte y castigados con el destierro. Fueron expulsados del lugar de privilegio que ocupaban para sembrar trabajos y recoger espinos, en la feli-

ciudad se perdieron y en la aflicción se cobraron, pues suelen ser las penas los maestros, de la enseñanza que no pudieron transmitir las glorias. Una vana curiosidad de saber, engañó a la mujer y el amor excesivo por su compañera alejó al hombre de la verdadera obediencia al Creador.

Cumplen su destierro con larga penitencia y tuvieron dos hijos, la envidia y la inocencia, Caín y Abel. Uno se puede interpretar como posesión y el otro como vanidad –según sus nombres hebreos, Caín y Abel–, uno aborrecido y el otro amado del Señor. Mató Caín a Abel y fue el primer envidioso, el primer homicida.

Sustituyó D-os en Set –tercer hijo de Adam– la santidad de Abel a los penitentes padres y en él se fue continuando la posteridad humana, por la mejor línea de Adam, los que fueron llamados “hijos de D-os”. Y los descendientes de Caín “hijos del hombre”, hasta que tanto unos como otros se fueron apartando del temor a D-os dándose a la sensualidad, a la idolatría y el robo. Y crecieron los pecados en forma exorbitante y desmedida y obligaron a la justicia Divina a total exterminio de los seres vivos, hombres y animales, excepto ocho personas, Noah y su mujer, sus tres hijos y sus tres nueras, y aquellos animales que la Sagrada Providencia reservó para la continuidad de las especies.

Vino el diluvio universal al mundo para extinguir con sus aguas el fuego libidinoso que tanto abrasaba el corazón de los humanos, pereció toda la progenie de Caín y de la de Set sólo quedaron Noah y sus hijos.

Tras este flagelo, el hombre debió escarmentar y reducir la vida a las buenas costumbres, mas ellos, menospreciando los avisos divinos acrecentaron paulatinamente sus pecados y edificaron soberbios la Torre de Babel para protegerse en caso de que otro diluvio los inundase e inmortalizar su prestigio, como si la Mano poderosa no pudiese en un momento deshacer todas aquellas maquinarias concebidas en el viento y humillar por tierra las torres de la soberbia y los gigantes de la ambición.

Castigó aquella vana insolencia dividiéndolos en setenta naciones a lo largo de la tierra, según las setenta lenguas en que fue dividida la lengua hebrea, como santa y originaria del mundo quedó sólo intacta y pura en

la familia de Eber y Abraham, que juntamente con el conocimiento de un D-os conservaron la lengua materna y primitiva de los hombres.

Desde el principio, el mundo conoció la existencia de un solo D-os y la reverencia debida a Él, en algunos individuos como Adam, Set, Hanoj, Metushelah, Noah, y otros que apartándose de los inicuos siguieron el camino de la virtud y se entregaron al culto de un D-os Creador del universo, y guardando los preceptos de la ley natural lo alababan y bendecían.

En aquella primera edad quiso el Eterno dar a los mortales un ejemplo de la inmortalidad del alma, un espejo de la bienaventuranza para aquellos que transitan las sendas trazadas por el Señor en el piadoso Hanoj, de quien la escritura afirma que se encaminó con D-os y por andar con D-os no murió, el Señor le tomó para sí tras haber vivido trescientos sesenta y cinco años, tantos como días tiene el año y cuanto gira el sol en su curso, insinuando que en todos ellos fue perfecto y no muere quien se encamina con el Señor, pues Él lo toma para Su eternidad.

Eran pocos los que en aquellas épocas seguían el verdadero camino, pocos los que se dedicaban al culto de un D-os verdadero y muchos los que idolatraban a otras criaturas ya sea ignorando al Creador o acompañando Su existencia con falsas deidades, hasta que el Señor decidió escoger un pueblo entero y una gente en particular que tuviese el verdadero conocimiento, a quienes entregase Su Ley y le sirviesen perpetuamente. Y convirtió en piedra fundamental de esta sagrada construcción al patriarca Abraham a él le dio el título de amigo y el primero en las escrituras en llamarse hebreo, que significa *pasajero*, por haber pasado el Éufrates desde la Mesopotamia donde habitaba y haber llegado por mandato divino a la tierra de Quenaan, o a la Tierra prometida para fundar allí la noble prosapia de su pueblo, y mereciese junto a su hijo y su nieto que D-os se denominase D-os de Abraham, de Itzhak y de Yaacob.

Fue el patriarca Abraham un espejo de fe, un dechado de caridad y un ejemplo de obediencia, habiendo nacido entre idolatras, siendo él mismo idólatra como sus padres, a los cuarenta años se apartó de la idolatría y conoció por su propia reflexión y meditación natural que ni el sol, la luna o las estrellas podían ser dioses, pues se eclipsaban y padecían defectos,

eran corpóreas, criaturas físicas, por lo que necesariamente debía existir un Creador infinito y Supremo a quien incluso los cuerpos celestes obedecen en la perpetuidad de sus órbitas y de quien recibían la luz y la influencia, que existía otro “Sol” más luciente que todo lo iluminaba y de quien todas las cosas dependían.

Comenzó a enseñar la unicidad divina a los hombres y los persuadía con claros argumentos para que se aparten de sus idolatrías, que no rindiesen respeto y honor a una criatura, que sólo al Creador se debía reverenciar. Que existía una causa primera por cuya voluntad y disposición se movía el mundo.

Le mandó el Señor abandonar Caldea, la casa de sus padres para dirigirse al lugar que Él le mostraría y así convertirlo en el príncipe de una gran nación y fundar en él la estirpe y santidad de una gente a la que D-os tomaba por Suya, convirtiéndola en la admiración de todas las miradas del mundo.

Le entregó la circuncisión como señal y alianza de esta elección, confirmando en Itzjak y estableciéndola en Yaacob y sus doce hijos como pueblo separado de todos los demás. ***“Y estableceré Mi pacto entre Mi y entre ti y entre tu simiente que te continuará por todas las generaciones, como alianza perpetua, y Seré para ti D-os y para tu simiente tras de ti”*** (Génesis 17). Donde no sólo se expone la gracia de la elección divina, sino también la perpetuidad.

Esta elección del pueblo de Israel se prueba en numerosos lugares de las sagradas escrituras y la pregonan asiduamente los profetas. Dice en la Torá: ***Y a vos tomó el Señor para ser Su pueblo de heredad, que pueblo santo eres tú para el Señor, tu D-os. Y a ti te escogió para ser para Él, el pueblo del Tesoro, entre todos los pueblos que existen sobre la faz de la tierra*** (Deuteronomio 7). Y dice en Éxodo: Y te tomaré para Mí por pueblo y Seré para vosotros D-os (Éxodo 6). Y más adelante dice: ***Y seréis para Mí, tesoro entre todas las naciones, pues Mía es toda la tierra; y seréis para Mí, reino de sacerdotes y pueblo santo*** (Éxodo 19). Y en el maravilloso cántico del final de la Torá nos dice: ***Pues parte del Señor es Su pueblo, Yaacob fuerte de Su heredad*** (Deuteronomio 32). Cantaron después los profetas

esta misma elección, David nos dice: ***Bienaventurada la gente que el Señor es su D-os, el pueblo que escogió para Su heredad*** (Salmos 33), y en otro Salmo, ***Yaacob escogió “Yah” –D-os– Israel para su tesoro*** (Salmos 135). Su hijo, Salomón, ***Tu los apartaste para Ti por heredad entre todos los pueblos de la tierra*** (Reyes I, 9). Isaías: ***Mi heredad, Israel*** (Isaías 19). En Jeremías, ***No como estos–pueblos– es la parte de Yaacob, pues Creador de todo es Él e Israel la vara de Su heredad*** (Jeremías 10). ***Solo a Ti conocí de todos los linajes de la tierra*** (Amos 3).

No sólo escogió el Señor a los hebreos como Su pueblo, sino los distingue con los mayores títulos de grandeza y los trata con amorosa ternura. Llámale Su hijo y Su siervo, Su hijo por el amor y siervo por la fidelidad. ***Mi hijo, Mi primogénito Israel*** (Éxodo 4), con el título de hijo los diferencia de las demás naciones a quienes no otorga este privilegio, y con el de primogénito los distingue de los ángeles que aunque en las sagradas escrituras se llaman hijos de D-os, no poseen el título de primogénitos como Israel. Siendo Padre de todas las naciones, sólo se quiso llamar Padre y D-os de Israel para expresar mejor su afecto y la providencia particular con que los gobierna. En una parte dice que así como el águila lleva a sus hijos sobre sus espaldas para protegerlos de los cazadores y ballesteros, que les disparan sus flechas, así D-os conducía a los hebreos por el desierto librándolos de sus enemigos y amparándolos con Su protección. En otra parte nos dice, que así como castiga el padre a su hijo, para enseñarle y educarlo, así también el Señor castiga a Su pueblo Israel, para mejorarlo con Su enseñanza y beneficiarlo con Su castigo.

En los sagrados Cantares del rey Salomón, llama el Señor a Israel Su esposa, y celebra su boda en un sentido espiritual y místico con grandes demostraciones de amor y ternura de cónyuge. Los llama Su paloma, Su querida, Su única y Su perfecta. Isaías dijo: ***Que tu esposo, Tu Creador, D-os de los Ejércitos es Su nombre, y Redentor Santo de Israel*** (Isaías 54). Enumeran nuestros sabios diez lugares en los que es denominada la nación de Israel la novia, y utiliza en ella las principales ceremonias de esposo y las mismas que para el matrimonio enseña con Su ejemplo.

Explicando más en particular las circunstancias de esta “boda”, veremos que llevó a cabo un contrato matrimonial con nuestro patriarca Abraham

como se suele convenir con los padres. En Génesis, cuando hizo –el Eterno– la elección de la estirpe de Israel, declaró las condiciones a Abraham, ***Yo, Mi pacto contigo*** (Génesis 17). Le señaló, primero, a lo que se obligaba dicho pacto ***Serás padre de naciones*** (Ib.). Segundo, ***No será llamado más tu nombre Abram, sino Abraham*** (Ib.). Tercero ***Te multiplicaré como las estrellas del cielo y serán benditas en ti todas las gentes*** (Ib.). Cuarto, ***Daré a ti y a tu simiente tras de ti la tierra de tus peregrinaciones*** (ib.) y continúa diciendo: ***Y tú, Mi pacto guardarás***, y señalando cual es este pacto le dice: ***Y circuncidaréis la carne de vuestro prepucio***, y especifica la pena ***Y todo hombre que no circuncidare la carne de su prepucio, será tajada su alma del pueblo, pues Mi pacto anuló***, concluyendo los puntos con los que ambas partes se obligan.

Ya puestas estas condiciones, habiendo sacado al pueblo de Egipto para dar ejecución a este santo matrimonio le manda contar siete semanas, día a día hasta llegar al día cincuenta en que habría de entregar la sagrada Ley; acción sumamente necesaria ya que habiendo salido de Egipto, contaminado con todas sus abominaciones, era necesaria una limpieza, no de siete días sino de siete semanas para que durante este lapso extirpasen de sí tantos errores aprendidos de los idólatras, ya que no se puede pasar de una vida de errores y sumida en la inmundicia, al extremo de la pureza. Y aproximándose el día de recibimiento de la Torá, les cambia los presentes que les había otorgado, aquellos preceptos entregados en “Mará” como el inestimable don del Shabbat y algunos otros mandamientos que allí fueron encomendados. Llegan al monte de Sinaí, limpios, con pulcras vestimentas, separados de sus mujeres y el Señor descubre Su Majestad divina, acompañado de la soberana carroza celestial, como dice el verso: ***La carroza de D-os, son dos millares con miles de ángeles. El Eterno está entre ellos, como en Sinaí, en el Santuario*** (Salmo 68).

Celebra con Israel Su divino matrimonio, los kiddushin por medio de los diez mandamientos que virtualmente encierran los seiscientos trece preceptos de la Ley. Y así decimos –en nuestras bendiciones– ***Asher Kiddeshanu*** –que nos santificó–, pero también quiere decir que nos dio kiddushin y nos desposó por medio de Sus preceptos, que todo ello encierra el vocablo hebreo. Y son estas leyes, joyas preciosísimas a las que no puede com-

pararse precio alguno, más codiciadas que el oro, más dulces que la miel, más preciosas que margaritas y nada puede equiparar su precio. Confec-
cionó la carta de dote y les otorgó, como bien físico la tierra Santa, aquel
jardín del mundo y santuario del universo. Los testigos fueron los cielos y
la tierra, como se dice en el fin del cántico. Y el palio nupcial, dicen nues-
tros sabios, fue el Monte de Sinaí que les colocó encima, cuya sombra sirvió
como este palio. Las siete bendiciones de estas nupcias fueron las siete pre-
rogativas con que el Altísimo honró e ilustró a la casa de Israel, colmán-
dolos con todas las felicidades, las cuales promete en varios lugares de la
escritura, y son las que se refieren en Abot o Los capítulos de los Padres. Y
testifica rabí Menashe, que de todas estas prerrogativas gozaron Rabí y
sus hijos, y son la hermosura, fortaleza, honra, ciencia, canas, hijos y ri-
queza, en las cuales se encierran todas las cosas que hacen al hombre feliz.
En cuanto al cuerpo, hermosura y fortaleza. Sobre los bienes externos,
honra y riqueza, y en cuanto a los bienes del alma, la ciencia, las canas y
los hijos que sirven para la posteridad.

Esta elección de Israel como pueblo de D-os y este sacro desposorio, no
fueron temporarios o condicionales, sino un acto eterno y absoluto y así
lo confirman las sagradas letras y la razón lo persuade. No es D-os como
los príncipes terrenales, que aquel ministro que alguna vez escogieron
para su servicio más tarde lo reprueban por errores cometidos, ya que
esto denota inconstancia o ignorancia del futuro, por cuyo motivo abo-
rrecen lo que una vez eligieron. Pero el Señor con Su conocimiento di-
vino, sabe de los accidentes y sucesos futuros y así, lo que una vez
escogió con juramento nunca más lo desechó. Por ello dice el profeta:
Yo, el Señor, no Me cambio (Malaji 3), y por Bil'am: ***Ya que D-os no
es hombre que miente ni hijo de hombre que se arrepiente*** (Números
23). Y el concierto o pacto de D-os con Abraham le afirma que será
eterno: ***Por tus generaciones, en alianza perpetua*** (Génesis 7), y en
Shmuel ***Estableciste a Ti por pueblo hasta la eternidad*** (Samuel II, 7).
Y para que no se entendiese que los pecados o delitos del pueblo po-
drían en algún momento destruir este amor por el pueblo, en las mis-
mas maldiciones expresadas y profetizadas a los que transgreden la
Ley, lo confirma: ***Y aun mientras permanecieron en tierras de sus ene-
migos no los aborrecí ni los deseché para acabarlos, para anular Mi***

pacto con ellos, que Yo soy el Eterno Su D-os, recordaré Mi pacto con Ya'acob (Levítico 26).

Y Jeremías asegura claramente: ***Si se arrojaran las leyes estas***—de la naturaleza— ***delante de Mi, dijo el Eterno, también la simiente de Israel cesará de ser gente delante de Mi todos los días*** (Jeremías 31), y más tarde dice: ***Así dijo el Señor, serán medidos los cielos de arriba y calculados los cimientos de la tierra abajo, también yo aborreceré a toda la cimiente de Israel por todo lo que hicieron, dijo el Eterno*** (Ib.). Como quien dice que por más maldades que cometiesen no aborrecerá el Señor a Su pueblo, que siempre serán Suyos, eternamente. Y en otro capítulo confirma: ***Si no existiera Mi pacto día y noche, las leyes de los cielos y la tierra no pusiera. También la simiente de Ya'acob y David, Mi siervo aborreceré, para no tomar de sus descendientes gobernantes para la estirpe de Abraham, Itzjak y Ya'acob. Pues los haré tornar de su cautiverio y Me apiadaré de ellos*** (Jeremías 33). Significando que así como no faltarán nunca los días y las noches, tampoco faltará la casa de Ya'acob delante del Señor.

En Deuteronomio, da el Señor como señal de elección del pueblo de Israel como Su pueblo, la división de las setenta naciones y lenguajes según el número de los hijos de Israel que llegaron a Egipto, setenta almas. Y dice el verso: ***Al hacer heredar el Altísimo a las gentes, al hacer dividir a los hijos del hombre, estableció los términos de los pueblos por el número de los hijos de Israel. Que parte del Señor es Su pueblo, Yaacob fuerte de Su heredad*** (Deuteronomio 32). Luego, ordenó términos en los hijos de Adam según el número de los hijos de Israel, o que se dividiesen los términos de las gentes y sus tierras en doce, según las doce tribus de Israel, o que desde el origen de la división de las lenguas y naciones estas fueran divididas en setenta según las setenta personas que de Israel bajaron a Egipto. Y así dispuso la división de la tierra en señal de la elección de Su pueblo, claramente se concluye que así como la tierra está firme por siempre, también será eterna y perpetua la elección de Israel. Prosigue el mismo cántico diciendo: ***Load gentes a Su pueblo, pues la sangre de sus siervos vengará*** (Ib.). Y si en los últimos tiempos perdonará a Su pueblo castigado y punido por las culpas y aun así exhorta a las gentes a que lo alaben, claramente se infiere que nunca fue reprobado, sino permaneció como el elegido.